

ENRIQUE GONZALEZ ROJO ARTHUR

CASA ADENTRO
Amores, odios y otras confidencias

2008-9

AMORES
Primer canto

*J'aime le jeu, l'amour, les livres, la musique,
la ville et la champagne, en fin bous; il n'est rien
qui ne me soit souverain bien. Jusqu'au sombre plaisir
d'un Coeur mélancolique.*

La Fontaine

I FLECHADOR DE PALABRAS

Diario

Allá en mis mocedades,
debería de haber escrito un *Diario íntimo*,
género literario
que se presta tanto a los secretos
-que pasan menudencias de corazón
de boca a oreja-
como a las confesiones
-que sufren un temor descomunal a la intemperie
y a las lenguas viperinas y depredadoras
del qué dirán.
Allá en mis mocedades.

Cierto que, siendo muy pequeño,
con alma,
experiencias
y rostro imberbes,
tuve un oso
del tamaño de Dios,
a quien le dije todo, en la confianza
de que la indiscreción no es de peluche.
Pero nada mejor
que el cuaderno de cabecera o la embriaguez de buró
de un *Diario íntimo*,
porque él sabe escuchar nuestras aspiraciones,
incoherencias y debilidades,
sin interrumpirnos,
sin obligarnos,
con la labia imperativa del consejo amoroso,
a cambiar de opinión,
sufrir los flagelazos del deber ser,
tachar las oraciones destinadas
al confesonario de la confidencia,
desandar lo andado
y arrojar nuestras huellas
al precipicio del arrepentimiento.

En ese Diario podría haber señalado
el día, la hora, los minutos
en que descubrí la música de cámara de la rima,
las rítmicas pezuñas de la métrica,
el cántico efervescente del jilguero,
el virtuosismo de los trabalenguas,
la terquedad de los pleonasmos,
el traje de gala del adjetivo exacto,
la juguetería fantástica de la metáfora.

En ese cuaderno de intimidades,
podría haber dejado correr la crónica
de mi primer encuentro con las palabras.

Compensación

Un diario, en fin, no tuve. ¡Pero cuántas plumas, bolígrafos,
lapiceros, máquinas de escribir, para no hablar de los borradores
que, manos a la obra, limpiaban los sustantivos
de la terquedad de la redundancia, la grandilocuencia de lo nimio
y la bisutería de la adjetivación, o de los sacapuntas empeñados
en aliviar la afonía de los lápices y enmendarle la plana a la blancura
de la página virgen! ¡Y cuánta, cuánta tinta que,
frente al hablar en voz baja de los lápices,
se convertía gustosa en altavoz
de mis vivencias!
Ahora, en mi fiebre de modernidad,
en mis ansias de arrancarme del pecho el siglo XX,
hasta programo sueños, utopías,
poemarios de nunca acabar
por computadora,
y hago lo imposible para que no muera electrocutado
mi romanticismo, viejo, pasado de moda,
que, no obstante, como el faro de bolsillo de la brújula,
es el que siempre le da luces a mi pluma
para acceder a buen puerto en un feliz
punto final.

Más bien se hizo presente
en multitud de cuadernos, pedazos de papel,
boletos de tranvía, para la prosa,
o en cortezas de árbol,
senos complacientes de una amiga
o en las pezuñas de un pegaso,
para la poesía.

Primeros años

Se sabe. El recuerdo de los primeros años
siempre es nebuloso,
ambiguo,
espectral,
algo prendido con alfileres y golpeado por el viento,
y así, no sé
si lo que gusta de secretarme la memoria
con la insistencia de lo posible
y hasta la terquedad de lo evidente,
sea un hecho probable
que navega por los mares del pretérito
prendido del puñado de tierra
de una tabla,
o una falsa moneda, construida
con la audaz aleación, abrazo, coito
de metal y mentira.

No obstante, siento que mi memoria
más que ser un álbum de fotografías
hojeado por el viento,
es una amplia galería de episodios
que se van, esfumándose,
por el camino aéreo de su polvo...
Cierro los ojos y veo que,
muy niño,
apenas destetado
–viviendo mi desmadre humildemente–
a la hora de dormir,
de acurrucarme en el exacto hueco,
calientito,
que del mundo me toca,
mis padres me dejaban

cabe la almohada
el manojo de palabras de una canción de cuna
–con olor a hueledenoché–
que caía,
con dulzura somnolienta,
sobre mi oído.
Yo me la llevaba a los labios
–como todo lo que lograba arrebatarse
al universo–
le saboreaba sus mejores sílabas,
hasta que me dormía arrullado
por esa melodía, acompañada
por el flujo y el reflujo de la vida
que interpreta en nosotros el más íntimo
instrumento de viento...

Encuentro

Yo tuve con la poesía un amor a primera vista,
a primera lectura, a letras enredadas en las pestañas,
a intercambio de dulces bellaquerías
detrás de la puerta. La poesía, ay la poesía
y su humilde perfección sin fe de erratas.
Las palabras me sirvieron de trampolín
para ir al poema, al cuento, a la filosofía
y a la confesión amorosa.
En ellas encontré el rompecabezas del infinito,
los aullidos para pescar estrellas,
las ostias para comerme el mundo
y a veces el pedazo de pan
que desmiente en un punto cualquiera del caos
las pretensiones totalitarias del infierno.

Silencio

Con la poesía –crisopeya que arranca
quilates y quilates de la madre tierra
y deja a los creadores
con las manos doradas–, tuve un amor
a primera tinta.

Mas también

lo tuve con el silencio,
con el dios de la astucia literaria
y de la página exenta de palabras
donde embrionariamente se adivinan
los cánticos nonatos.

Hace tiempo escribí:

*Gran cosa es tener la capacidad de retractarse.
Poseer el combustible necesario para dar marcha atrás.
Lucir la valentía de desdecirse,
humillar la petulancia
de pretender hablar desde el púlpito de la tinta,
con un ademán autocrítico
que transforma los dogmas los yerros la retórica
en un rebaño de virtutas perfumadas.*

*Cuando vuelvo los ojos a la pluma
al lápiz a la máquina
y después hacia ti me quedo meditativo
y pienso que el poeta
el verdadero el grande
el profundo poeta
debe saber oír más las palabras de su goma
que las del artefacto con que escribe
porque los dioses están más cerca del silencio
que del barullo.*

Definición

Poeta es para mí
no el que, por una vez solo,
escribe un poema
y se sube a cualquier peñasco
para aullarlo a la luna,
o el que hace un tatuaje de jeroglíficos
en la espalda de su amante,
o el que pergeña el material necesario
en el pergamino de la inspiración
para ofrecer un recital de intimidades
en cualquier micrófono
circundado de sillas y de aplausos.
No. Poeta es el que no puede dejar de escribir,

de decirse, de cantarse,
de deshacerse en canto apalabrado,
el que, en su fiebre de fantasías,
no da tregua a su lápiz,
el que siente uncida,
por no sé qué extraños vínculos,
la lengua y sus objetos portentosos
con el afán redundante
de su respiración,
y el que un día sí y otro también,
convierte en voz en cuello
el nudo en la garganta.

Instrumentos de trabajo

Antes de la computación,
yo tenía principalmente tres instrumentos de trabajo:
un lápiz, un sacapuntas
y una corteza cerebral con las neuronas
desgreñadas.
Ah, y también un borrador,
refugio de mi espíritu crítico,
que era algo así como una activa e infatigable
fe de erratas.

Para coincidir con el nombre de poeta
—coincidencia tan difícil
como el encuentro,
en el punto floral de lo fortuito,
de las avanzadas del deseo
y los suburbios de la satisfacción—
he llevado en varias ocasiones,
a pie o en metro,
al medio día o a las altas horas de la curiosidad,
a mis instrumentos de labor
a parques, mercados, concentraciones callejeras,
pocilgas, palacios
para que aprendan primero y denuncien después
la forma esencial
de la jodida ruta en la que andamos.

¡Mis instrumentos de trabajo!

Primitivos, elementales, premodernos.
Podría decir: la edad dorada
de la edad de piedra.
Prolongación inicial, balbuciente,
de mis sentidos.
La inspiración,
consciente de que la recta
es la mejor paloma mensajera
entre dos puntos,
alienta en ellos el aleteo
que la arroje rápidamente
a la hoja en blanco.

El lápiz y su discreto
afán de hablar en voz baja
—con murmullos de plomo,
poniéndole sordina a las exaltaciones
de dudoso gusto—,
andando de puntitas en los cuadernos,
boletos de tranvía, esquinas de periódicos
o minúsculas libretas que eran cofres
de metáforas niñas.

La virginidad de la hoja de papel
(voceando blancamente sus escrúpulos)
que se entrega al final a los avances
de una pluma que busca derramarse
en orgasmos azules.

El borrador, mensajero de la duda,
con un dedo en la boca
que va hasta la raíz de la sordina,
niega, con movimientos de cabeza,
el paso dado en falso,
la luciérnaga fundida de algún ripio,
el afán estridente de tener
la originalidad como la arruga
principal de la frente.

El sacapuntas —siempre a la espera
del útil averiado, mudo
o solamente afónico—
que sabe devolver a todo lápiz

enfermo de garganta,
con su hábil cirugía rotatoria,
la voz perdida, vuelta
un grisáceo recuerdo evanescente,
o darle la palabra
a un hablar inhibido, roto,
desnacido en el vientre del silencio,
después de convertir en espirales
de olorosa madera
la infección que impedía
sacar a la intemperie
los sepultos aullidos de la entraña.

Para mí la poesía
no es andarme por las ramas pergeñando flores
y andarme por las flores pergeñando
gorjeos del olfato.
No. Mi poesía es de armas tomar.
La escribo con los puños y los dientes.
La nombro, en mis días de muina,
comandante de mis exaltaciones.

La llevo a todas partes
como un poco de viento en la bolsa de mi blusa,
y la suelto donde sea
para que al tornar a mí
traiga partículas de mundo
hasta mis sienes.

Una poesía así necesita
de unos instrumentos de trabajo
que deben recibir su diario
mantenimiento,
dejarlos a salvo de los arrumacos de polvo
del medio ambiente,
ponerlos en un lugar húmedo,
cuidarlos.
No se deben emplear
para hacer falsas guerras en el cielo
con fuegos de artificio.
Su función es más bien
la de encontrarse siempre conspirando,
secreteando vocablos destructivos

contra los poderosos, y a las órdenes
de un corazón en llamas agraviado
por el verbo *sufrir* que, acompañado
por sus conjugaciones todas, hinca
sus dientes en la piel del infortunio.

Corazón, barricada
de todas mis pasiones, necesitas
un puñado eficaz de mensajeros
que conduzca los gritos de tu sangre
al blanco de la página que forma
la lira de papel, el altavoz
del verso inolvidable que he soñado.

II PARA SALIR DE LA CAVERNA

Pasión por el saber

En mi amor por la filosofía,
gozo con poner interrogaciones bajo las cosas,
quiero adivinar en las flores y los frutos las raíces,
el pedestal nutricio,
la esencia subterránea,
me fascina tener telepatía con la Esfinge,
tomarle el pulso al infinito,
hacerle la autopsia a la metafísica,
contar todas, absolutamente todas las estrellas
porque tengo los números necesarios
para hacerlo.

Dos cosas me parecen indudables:
que el cosmos carece de límites
y que no hay en su interior extranjerías.
Y también que no tiene fronteras ni arriba
—en que la infinitud (como Saturno)
devora sus finitos—
ni abajo, en el mundo descomunal
de las minucias,
donde sienta sus reales
lo invisible, la cara oculta de los ojos,
el espacio mermado a las miradas
por la voracidad de la miopía.

La filosofía me seduce,
cuando la oscuridad me irrita y acobarda:
hace que la inquietud, embarcada en la sangre,
vaya de abajo arriba
y su turbulenta viceversa
hasta ya no tener ninguna célula
que no esté tiritando.

Siento entonces que mis ojos,
nublados por parvadas de cuervos,
contagian de ceguera a mis neuronas

y dejan a mi materia gris anocheciendo.
El "dar gato por liebre"
que trae bajo el brazo el espejismo,
más que intrigarme,
me sobrecoge
y entrega mi cabeza a la neuralgia
pendular de la duda.

Para vivir, no me resigno con un pequeño trozo,
confortable, del espacio,
en el *aquí* que dice el dedo
respondiendo a la pregunta por el sitio
donde está la vivienda
de este juglar del infinito.
Y también con hallarme en el *tiempo*,
en el constante *ahora* que el reloj obsequioso
nos da como presente,
como discreto punto
que, en busca del individuo,
se aísla en las entrañas de la línea,
saborea su pronombre,
enarbola su identidad
sin dejar de encontrarse en el convoy
que construye y destruye los instantes
que van a toda máquina.

Ayer dije:

*Hay espacios que nacen, viven, crecen,
se reciben de tiempo. Son espacios ancianos,
a un paso ya muy niño de la muerte.
Modelado de historia y de materia,
el espacio requiere de su biógrafo
que arroje las leyendas y lo trate
como hermano de todos en el tiempo,
nativo del gerundio y compatriota
de todo lo que se halla,
si olvidamos la efímera existencia,
a una cuna tan sólo del sepulcro.*

Viviendo en el espacio,
en las tres dimensiones de mi angustia,
y siendo devorado poco a poco

por las pirañas que el reloj vomita,
pregunto por la esencia,
por la almendra velada
a la voracidad de los ojos y los dientes,
por el telón de fondo
que jamás forma parte
del elenco que actúa
en la representación de la apariencia.

¿El mar es el *espacio* hacia el que fluyen
los vacíos?
¿La hoquedad infinita, la osamenta
estructural del cosmos?
¿Un campo roturado por la imaginación?
¿El lugar de retozo de las tres dimensiones?

¿El *tiempo* es la canción de la Quimera?
¿Una ilusión nacida
de la prestidigitación de los relojes,
del lamento infinito de las focas
victimadas a palos,
de la llave obsesiva que no puede
permanecer callada, y tiene a flor de boca
su gotear de segundos?

Por ahí, las inquietudes del filósofo.
Por ahí el subir hasta la atalaya
de la curiosidad,
al Argos en que el hombre es transmutado
por la filosofía.
Por ahí los insomnios en que siento,
encima de la almohada,
una bacanal perpetua de preguntas
y respuestas,
los tormentos febriles de la lógica,
la corona de espinas bajo el cráneo.

Minucias

Cada quien –tú, yo– no es sino uno más
de los entes que giran
en revuelo inconmensurable de minucias

en las entrañas de lo absoluto,
y sufren, marionetas del tiempo,
los calvarios de lo relativo.

Interrogaciones

¿Qué somos? ¿Criaturas que, al sacar a pasear a sus pies
a lo largo y a lo ancho de la vida,
sienten las tarascadas oscuras del arcano
y viven la ceguera
de toda menudencia de luz
que suelte una rendija?

¿Peregrinar penoso que, a su término,
a la vuelta del último suspiro,
será recompensado con el goce
(en algún arrabal del otro mundo)
de un ungüento de eternidad con la virtud
de disolver bajo la piel
cualquier tumor de tiempo?

¿O individuos que, arropados de carne,
movidos por células inestables y sin freno,
nos hallamos en la sala de espera
de un castigo a perpetuidad
que tiene como base y fundamento
la descompostura de la compasión?

¿Viajeros que cargan en su fardo
la amnesia de una extraña carrera de relevos
en que el alma, estafeta
que va de cuerpo en cuerpo,
de bautizo en bautizo
a los brazos abiertos de su consumación?

Oh muerte, ¿habrá que tomarte en serio?
¿No ver en ti un punto y seguido,
un golpe de timón,
borrón y cuenta vieja,
sino la incubadora del dejar de ser,
el borrarlos del mapa,
el desalojo del el pronombre en que vivimos

—señor en la burbuja de su tiempo—
hasta dar en un hueco, que si es algo
es la perfecta forma de la ausencia?

Oh muerte, ¿sólo habrá un vocablo
—el vocablo *destrucción*—
que dé cuenta fiel
de la faena cotidiana que realizas
en el mundo:
la fina artesanía de la pulverización,
la permanente asfixia de los pulsos,
el zigzag de tu apero de matanza
que arroja al precipicio
carretadas de nombres,
huesos, carroña, polvo
y el inútil afán del epitafio
agarrándose de uñas y de dientes
a la pobre eternidad
de la escritura?

Interrogaciones II

¿Qué somos? Ni las epístolas paulinas,
ni Agustín de Hipona,
ni la intrusiva arrogancia de la escolástica,
ni algunos pensadores árabes o judíos,
pudieron implantarme la fe
—sembrándome en la arcilla del temor
la invisible semilla del portento—
y convencerme de que el sustentáculo,
la nuez,
la base
de este valle de lágrimas
se encuentra en un allende
que tiene su pasadizo de entrada
en la Tora, el Evangelio o el Corán.
Ya lo dije: *Nada ha podido convencerme
de que existes,
Dios.
Ni la prueba ontológica,
ni la de la contingencia,
ni la de la causalidad.*

*No han podido persuadirme,
con su santa saliva,
ni San Anselmo,
ni Santo Tomás,
ni Gratry, ni Gioherti, ni Rosmini.
Ni siquiera,
te lo confieso
el **Aleluya** de Handel.*

Nadie ha podido convencerme
—ni el gran poder de persuasión
endecasilábica de Dante—
de que, tras de pagar el precio de siempre
—el último suspiro—
se abrirá a nuestro paso una ultratumba
formada por tres mundos:
uno en que tiene lugar
la apoteosis del sufrimiento
que engendra esa tortura a perpetuidad,
sin tregua, ni respiro, donde no se permite
ni el instantáneo paraíso de un reposo;
otro que es tan sólo un lugar de paso,
el morboso retraso de la dicha,
el capullo del punto y seguido
hacia la buenaventura,
y otro, en fin,
donde la flor derroca a las espinas
y el sufrimiento deja definitivamente
de respirar.
Nadie ha podido convencerme
porque tengo para mí que los gusanos
se zampan, voraces,
el infierno,
el purgatorio,
la gloria.

Nadie ha podido.

Comentario

Un crítico, comentando mi obra,
no ha mucho, apuntó
Enrique anda a las patadas con Dios,

*se planta de hinojos ante el infinito,
dirige su batería antiaérea contra el cielo,
y es un poeta místico al revés:
no levita ni entra en éxtasis con sus poemas,
sino que para cantar se sumerge en el cieno,
en las profundidades del aquende.*

Quizás mi crítico,
había leído y recordaba
aquel poema,
aquella anti-plegaria que pergeñó mi pluma
cierto día:
*Materia estás en insondable desventaja
con la divinidad.
Nunca has enviado un hijo tuyo a redimiros.
Nunca has sido crucificada.
Nunca serás un laboratorio de milagros.
No hay una sola iglesia en el globo terráqueo
dedicada a glorificarte
ni a ensartar, flechadora del cielo,
las preces en los tímpanos escurridizos
de la primera causa.
No existen plegarias con los pulmones de nunca acabar
para invocar tu nombre.*

*En ningún púlpito se leen versículos
de **El origen de las especies**.
No hay un solo canto gregoriano
que hable de los trilobites
o del ácido desoxirribonucleico.
En las pilas de agua bendita
nunca hay agua de mar. Nunca hay oleaje.
En los órganos, ahítos de Divina Providencia,
jamás se escucha la música de los astros
y el ruido y sus armónicos
del vendaval que derrota al follaje y al silencio.
No nos prometes otra vida,
tener, de corazón, un ave fénix,
ni liberar al tiempo que se encuentra
en el punto final acurrucado.*

*Estás en insondable desventaja
con el Señor de lo ápices y galaxias*

*porque tu pesebre está perpetuamente crucificado.
Pero tienes ganada la partida,
pues ¿qué puede el Rey de Reyes,
el ser que padece delirio de absoluto,
el ente que presume conocer la ecuación de lo perfecto,
frente a ti que, siendo la clave para descifrar todo enigma,
siendo el campo de matanza de las huestes de Heráclito,
te deslizas o corres, sudando eternidad,
sin dar nunca de bruces
en una dilución o un epitafio?*

Mi amor por la filosofía

Es mi pasión por el agua
que, desde el manantial, luce la valentía
de la transparencia,
rompe con la turbiedad de las falacias
y rechaza los sofisma de la espuma.

El charco de agua sucia
oculta lo que géstase en su fondo,
establece un pacto con los ojos cerrados
y proclama sin pudores la verdad
de la falsa apariencia.

Lo que realmente calma mi sed,
y devuelve a su centro el alma mía,
no es el líquido que está frente a nosotros,
sino su diafanidad,
su honradez de agua sincera.

Un ejemplo

El que, como me aclaró
mi primer maestro de filosofía,
el *reposo* sea relativo
y el movimiento *absoluto*,
me parece claro como el agua,
como la desnudez sin pudores mojigatos de lo indiscutible,
como la pila de agua bendita
de la evidencia.

El pequeño escándalo

Las cosas son como son.
El ser que las amasa, las contamina.
Ellas no tienen la más mínima posibilidad
de incomodar al destino
y desoír su mandato.

Algo de los hombres y mujeres
cae más del lado de aquéllas, que de la autonomía, el arbitrio
y la albañilería de los sueños.

Mas, dentro de ciertos márgenes,
es el ser humano un dios de lo posible.
No puede alterar el curso inexorable,
terco, testarudo, de la ley física.
Pero a veces le es dable
levantar la mano, tomar la voz,
y ejercer el pequeño escándalo cotidiano
de la elección.

La necesidad, perpleja, no sabe qué hacer:
algo se le va de las manos –no mucho, claro es,
si lo comparamos con un cosmos
que se extiende a lo largo y a lo ancho
de su propio infinito–,
y adquiere un vivo aspecto fantasmal
de suburbio o barriada de país maravilloso,
en que Alicia, creciendo y decreciendo
en proporción inversa de su mundo,
vivió la más sorprendente orgía de las formas.
Hablo de un ámbito más cercano
a los asombrosos juguetes de lo sobrenatural,
que a la ciega obediencia del efecto
a las órdenes dictadas por la causa.

Los humanos no pueden someter a su capricho
los tremendos motores de la fatalidad
o los vientos graníticos de la persistencia,
y entonces no les queda más recurso que enmudecer
o nadar a contracorriente
cara a cara a lo imposible.
Pueden tratar de combatir la omnipotencia de las leyes,

de conquistar para sí cada vez más litorales.
Pero también tendrán que saber a qué atenerse,
percibir el aullar resignado del *ni modo*,
y no dar pasos en falso.
La prédica del filósofo aquí termina.
El sabe evaluar con precisión nuestros límites
y la pequeñez de nuestros gritos.

Papel de la poesía

La poesía toma entonces la palabra.
Hace llorar a las velas
durante los velorios.
Embadurna de plata a media noche
el lago al que se arroja una metáfora
que produce un sin fin de círculos concéntricos.

Hace emigrar colibríes,
mariposas y flores insospechadas
a los pabellones del cáncer.
Le dice, socarrona, a las cigüeñas
que vuelen en parvada hacia las tierras
infértiles del mundo.
Ante tal galería de portentos,
la envidia entra en los dioses
como Zeus en su Olimpo.
La poesía,
a través del microscopio o el telescopio
de su vista versátil,
puede ver cómo las deidades
ponen al sol su ropa sucia
en los tendederos de la perfección.
Puede ver cómo al interior de una lágrima
–veladas por la misericordia
de lo invisible–,
hay centurias de sufrimiento,
pestes, guerras.
O cómo, hacia el futuro,
la libertad, antes envuelta
en su ceñida túnica de límites,
se empieza a desnudar.
El poeta, dios de lo imposible,

descompone las reglas,
pisotea los hábitos,
hoz en la mano, siega
los lugares comunes,
deshace todos los nudos ciegos
incapaces de ver más allá
de su humilde programa,
fabrica un mundo imaginario
con la materia prima del verdadero.
A manotazo limpio,
desarticula las pretensiones monárquicas de la lógica
y deja hablando solo entre las ruinas
al orden existente.

III ENCLAVE MUSICAL

Frustración

Músico frustrado,
giro desafinado de belleza,
ave canora con las alas de su trinar cortadas,
falta de inspiración de pentagrama en blanco,
eso he sido durante mi entero tiempo.

¡Cuántas melodías me surgen
en las entrañas del cerebro
–como ámbito que encierra todo un coro
tras la puerta cerrada de los labios–
que desconocen el camino
que va desde el íntimo tarareo
al escenario del papel pautado!
¡Ay, cuántas vivencias mías
–piruetas de cristal en el viejo violín de León Felipe–,
se esconden en la clave
de un sol crepuscular o de alborada,
o se guarecen del oído mediocre
en los cuartos de tono
de la audacia!
¡Cuántas piden la interlocución del clarinete
o el relámpago oscuro del timbal!
¡Cuántas, tras de acceder,
en el clímax ganado por el fuego,

a la cumbre del agudo,
se deshuelan cual Ícaro de notas
que llegan hasta el bajo profundo del subsuelo!

No puedo vivir, para decirlo pronto,
sin la música de que están hechas las cosas,
además de los átomos, moléculas
y su correspondiente falta de sentido:
sin el jadear de los aires
sobre la excitación de una maleza
que se abre a los apremios,
sin el nostálgico rechinar
de las puertas ancianas,
sin el gallo que guarda todo el amanecer en sus entrañas,
sin las fugas de Bach que el mar concibe
como oleaje a tres voces
en el atril pautado de la costa.

No me atrevo

La timidez, ensartando
una neurona tras otra, no me deja
salir a la calle acompañado
de un pequeño timbal, hecho por mí,
que, al redoblar, refuerce mis palabras
y exalte la emoción que, deslucida,
corre –les aseguro- por mis versos.

¡Que alegría salir una mañana
con la boca atestada de metáforas
y al soltar la mejor
–la que fue la montura
de la luz comprimida hasta ser perla–
oír cómo el timbal, presto, prohíbe
que el olvido realice su habitual
redada de vocablos!

Autocrítica

Músico frustrado –ni siquiera un virtuoso
de mi pobre silbido–

un día tuve
uno de esos serruchos
que se creen turpiales en su rama,
una flauta a la que arrojé mi niñez entera
y un violín del que sólo pude entresacar
el maullido ancestral que guarda en sus entrañas
y el chirriar quejumbroso de la puerta
hacia el fracaso.

Voz

Cuando fui con el maestro Agustín Beltrán
a que me hiciera una prueba de voz
—porque me imaginaba que entre el habla y el grito
había un pequeño predio reservado a tus locuras, corazón—
el maestro me dijo:
algo se puede hacer contigo,
tu voz no es bella, pero sí peculiar,
tu timbre, si la desarrollas,
se hallaría en medio de McCormack y Martinelli
que, aunque no son rosas o amapolas heroicas del *bel canto*,
sí son exóticas orquídeas degustadas
por los paladares exigentes de oídos educados.
Pero tienes que dedicarte al estudio,
abandonar tus devaneos por la poesía,
la filosofía, las mujeres y, más que nada,
la política.
Me quedé, pues, con las ganas de cantar.
Opté por un modesto silencio
que prohíbe a las palabras
trascender de la plática al aullido,
por el discreto canto de los versos,
y por el dolor de garganta,
que cargo desde ese lejano día
en que el maestro Agustín Beltrán
me dijo que algo se podía hacer conmigo.

Escalas

Toco algo de piano.
Puedo así divisar de lejos a Liszt,

saludar de mano a la Chaminade,
mirar de reojo a Juan Sebastián,
acompañar por un instante y un trecho del camino
a mis camaradas Schubert, Mendelssohn, Schumann.
Sorprender una conversación secreta
entre Haydn y Mozart,
sintonizar mi pecho con las exaltaciones de Beethoven,
sorprender a Johannes Brahms murmurándole a Clara
sus amores, sus odios y otras confidencias.

La música y el mar

Qué felicidad oír
las olas que en tonalidad cambiante,
modulando de una vivencia a la otra,
irrumpan en la playa,
dan en los hoyos de los cangrejos,
los convierten en minúsculos cofres de tesoro
rebosantes de espuma
y dejan sus escalas musicales
regadas en la arena.

Qué felicidad oír
con atención melómana
cómo, hacia el medio día,
la espuma y sus arpegios de cristal
se broncean tomando el sol mayor,
hasta dar con el *fa sostenido* que reconstruye
el tetracorde de agua y de burbujas, en que estalla
el trinar de los peces voladores.

IV DIA DE CAMPO

Sin olvidar el vino tinto

Me seduce la naturaleza.
Me encanta sacar a mis cinco sentidos
de día de campo.

Arrojo

Soy dado lo mismo a subir a la cima de un monte
para enjabonarme las manos con las nubes,
que ponerle zancadillas a los vientos
hasta tener, vencido,
un suspiro empuñado.

Lugar común

Me apasiona sorprender el infinito
cantando sus mismas melodías
hasta en los más alejados escondrijos
del cosmos.

Despropósito

Estoy dispuesto a cambiar la cuarta parte de mis más queridas palabras
por un claro de luna, una puesta de sol
o el trueno que descuartiza el cielo por un instante.

Nacimiento del mar

Emerge en un acto de piratería:
cuando la sal se arroja al abordaje
del agua dulce.

Caracol

En él se refleja mi pasión
de llevarme el océano a mi departamento
y convertirlo, domeñado,
en una de mis pertenencias,
como en aquel viejo poema,
El año primero del mundo sin mar,
donde digo:
A escondidas
me llevé el mar a mi departamento.
El robo del siglo
fue a las tres de la madrugada...

De aquel mar secuestrado
hoy sólo conservo, guardadas en mis ojos
—por si la adversidad toca a mi puerta—
dos gotas solamente.

Una mala palabra

Texto de juventud que vuelve a tener actualidad.

Amanecí
con una mala palabra en la punta de la lengua.
Era un pequeño mitin de saliva
rabiosa. Una jauría
de gérmenes de muerden los talones
de sus propias mandíbulas.
La grabación de un rechinar de dientes.
Un pasarse la noche
más oscura del alma
con el furor en vela.
El más feroz estado de ánimo de mi puño.
En verdad un bellissimo vocablo:
la canonización de una blasfemia.
Me arrojé hacia el olvido, hacia la pluma.
Reuní rápidamente en el espacio
de esta hoja, montañas, ríos, prados,
la veleidosidad de los colores
que busca mi alfiler coleccionista,
la cabra montaraz que es en la roca
la flor del equilibrio; el abejorro

que le permite rechinar al cielo.

*Pero sentí de pronto que debía
sacudir la cabeza
y desenmarañarme las neuronas,
mover cabeza y lengua
hasta que la palabra
resbaló a esos renglones
como si el "rompan filas" de la muerte
diera en el centro mismo del espejo.
al caer en el cosmos del poema,
en su fina estructura de reloj emotivo,
esta dura palabra
con la que desperté,
vuelve un entrenamiento guerrillero
lo que intentaba ser día de campo.*

Mirar el universo

Nacer. Saltar del capullo materno
a la respiración.
Ir de una oscuridad sin ojos
a una luz que bautiza
la mirada.
También: llegar al mundo
con todo y rodillas,
y pies con diez urgencias de camino,
y ganas de verlo y conocerlo todo,
y pupilas que luchan por evadirse
de su corpórea cárcel
mediante un aleteo
de miradas.

La mirada, por un instante abeja,
espiga en cada flor la miel de la hermosura
y pone en ella a cambio
el polen de su de su beso fecundante.

Se cansa. Se esconde en el cuarto oscuro
de sus párpados.
Ahí, emparedada de noche,
no halla mejor cosa que dormirse.

Duerme. Sueña. Pero la curiosidad,
pastora del descuido,
mete raudales de luz por las rendijas
de los ojos;
despierta, siente hormigueos en las alas,
y vuelve a su trajín:
sube a los árboles,
desmigaja las nubes,
traza rayas invisibles entre el asno
que carga en lomos el paisaje entero,
el papel de periódico que aletea
tratando de sacudirse el viento,
la niña que sale persiguiendo su sonrisa
con su cazamariposas
y el punto más azul del universo
que se halla sobre el mástil del impulso
de atravesar los mares.

Ansiosa, se pone las botas de siete leguas
del catalejo,
llenándose los ojos
con las piedras preciosas
del vidrio aumentativo.
Corre a no sé cuántos espacios por deseo.
Vuela como una parvada de preguntas
o mendrugos de preguntas,
y le gana dominios al *afuera*
que tiene en lo invisible sus campos roturados,
al arrecife de la extranjería,
a la tierra abonada
por el oscuro grano del misterio.

La mirada hace el amor con el espacio,
seduce las puertas hasta abrirlas,
obliga a las cerraduras a escupir sus llaves.
Si está sin lentes,
sin la compasión de las muletas,
va de tumbo en tumbo,
cayendo de bruces en alguno de los hoyos
de sus inmediaciones.
Tropieza con su sombra,
con un perro,
con un insolente muro a mitad del entusiasmo,

y cae de narices en la tierra
de su propio fracaso.

Se levanta. Se limpia el polvo.
Se sacude el infortunio.
Va a tientas. Da palos de ciego.
Aúlla. Mueve en redor las manos
hasta hallar unos lentes.
Apenas se los pone,
con la luz resucitada,
la apariencia se deslía y corre a formar parte
del pequeño listado
de cosas indudables, tan ciertas
como la hormiga que carga en hombros
el sentido de su vida,
el zurcido que deja en el pasado
los huecos, las ventanas, los aullidos
de la tela.
Pero qué poco ve. Cuánto se oculta
a su inquirir sin tregua.
Impotente, tiembla porque no le es dable recorrer
los secretos palacios que guarda en su interior
el más pequeño gránulo de tierra,
gime por no poder vislumbrar a través del pájaro
la anatomía del trino,
llora porque le es imposible ver la savia
—que está sólo a una flor
de hacerse fruto—
oculta por un tronco discreto y reticente.

Corre hacia el microscopio
y se asoma al abismo.
Descubre una perpetua masacre de fronteras.
Da de pies a boca con los pudores
crecientes del eterno
afán de dividirse.

Tras de dejar la magna arquitectura
de las minucias,
la invisible pupila del ojo de la hormiga,
oye rugir al cielo, y al llamado
del cósmico despliegue
de palabras mayores,

se encarama a los árboles
para intentar hacer una redada
de estrellas. Es inútil.
Quizás el telescopio le permita
arrojar a la más profunda de las lejanías
su encendido reguero de preguntas.
Pero el telescopio nos convierte en guiñapos,
ápices desnutridos, basura de universo,
criaturas superfluas, prescindibles,
con un intenso dolor en las rodillas
de su inútil plegaria.

Tristísimo animal,
miope, legañoso:
aunque laves tus ojos con lágrimas de lince,
aunque cuelgues tus miradas
de lejanísimos planetas,
aunque halles en el microscopio
las pequeñas mentiras de lo invisible,
eres irremediabilmente miope,
con un cero a la izquierda agazapado
entre tus párpados.

Tristísimo animal es tu miopía
polvareda sin brújula,
camino con los pies amputados,
báculo paralítico e inservible,
prisionero de su propia cojera;
infinito embarcado en los bajeles
del eterno alejarse.
La miopía , azuzada
por la ceguera, rehúye separarse
de su pupila,
le asusta lo que haya más allá
de lo *cercano*,
teme salir sola a la calle
y estrellarse de pronto
con paredes de bruma impenetrables.

Triste animal,
perpetua y lastimosamente
miope,
miope hasta para dar con las virtudes

de la ceguera.
Puedes ver, sí, más allá de tus pestañas,
hacer un viaje redondo
por tus alrededores,
saltar a lo mayúsculo
y escudriñar en tus cuencas oculares
los más ciclópeos fuegos de artificio,
o internarte en los laberintos decrecientes
de las minucias.
Pero nunca, lo que se dice nunca,
nunca,
nunca,
puedes ir más allá de un ojo
crucificado en el finito.

V LA CATEDRA

Saberes

¿Qué caso tiene esconderlo?

Yo sé algunas cosas.

Pocas, pero dignas de colgarse

en el perchero de lo estimable.

Llevado de la mano de mis años,

he acabado por saber

algunas cosas.

Sé, por ejemplo, que un día

se robaron el mar los caracoles,

y eso que vemos ahí, más allá de las arenas,

jugando a ser metáfora del tiempo,

es más que nada, el *mar* de Debussy,

y sus melodías son ondas que se mueven en flujos y reflujos

fundadas en acordes que entrechocan

hasta erguir la momentánea espuma

del contrapunto.

Sé que un pedazo de pan,

un pedazo de cielo construido

por su nube interior,

cuando está espolvoreado por el hambre,

vale para el menesteroso

que pepena en los basureros su supervivencia,

todo un paraíso.

Sé también que los humanos,

cuando advierten averías en la perfección de los dioses,

revaloran sus órganos internos,

embalsaman sus suspiros,

dan de alta a sus rodillas

y hacen de su pecho un camposanto

de plegarias.

Sé que el Pero Grullo que llevamos dentro

–viejo doctor en evidencias

y escritor de redundancias–

es el alquimista productor

del agua transparente,

el vidrio sin escrúpulos,

la triste bobería del pleonismo.

No ignoro que con el ajedrez,
el teorema de Pitágoras,
la astronomía y sus juguetes descomunales,
la lógica y sus reglas de tránsito infalibles
y las fórmulas matemáticas
que escurren de los ojos,
alcanza sus orgasmos el cerebro.

Optimismo

Aunque vivo un optimismo maltrecho,
en bancarrota,
que tiene los ojos puestos
más en las ruinas que en la utopía,
sé que un día lo tuyo y lo mío
serán el vergonzoso pretérito
del nosotros.
Que los campos de batalla
serán silenciados
por la afonía de los rifles
y cañones.
Que el calentamiento del planeta
no podrá impedir el enfriamiento sudoroso
de las frentes,
ni incinerar los ademanes
de las manos arrojadas a la obra
de su supervivencia.
Lo sé. Lo creo. Y mi grano de arena
se halla a tientas buscando
su lugar en la historia.
Cierto que mi optimismo ha muerto
muchas veces;
pero, por obra y gracia de no sé qué prodigios
que diseña mi enfermo corazón
entre un latido y otro,
sabe que se precisa
siempre resucitar al tercer día.

Cápsulas

Como he acabado por saber algunas cosas
(y las jaulas forman alas)
tengo, con el magisterio,
el gusto de soltar lo que se hospeda en los rincones
de mis entresijos,
amo los pizarrones, el trinar de los gises,
el ir regando cápsulas
en distintas barriadas de la curiosidad.

Me gusta hablar de

Si alguien se descuida,
le hablo de Karl Philip Emmanuel Bach
y la forma sonata.
Le muestro la influencia de las aporías de Zenón
en Valery.
Me gusta referirme al impotente sitio
que ponen las iglesias,
con grandes cañonazos y humaredas de incienso,
a la fortaleza inexpugnable
de un cielo inexistente.
Le explico que la forma más sencilla de entender
la *proporción dorada* es advertir
que, en el centauro,
el jinete es al caballo
—que, encarnado en éste lo cabalga
por las provincias del prodigio—
lo que el centauro en su conjunto
es al jinete.
Le digo que el delirio de posesividad
en las manos,
el ademán de enjaulamiento,
la antropofagia del pronombre,
es el cáncer o el sida
de la pareja.
Le advierto que el amor,
tal como existe,
como anda tocando de puerta en puerta,
o como se encuentra escondido
detrás del desaliento,

es un amor enajenado,
fuera de sí.
desterrado de la pequeña fragua
que hace la luz del mundo.
Espejismo que humedece
los pies de la fantasía,
deseo minado,
mentida fiesta de cascabeles
antes del criminal asalto
de la ponzoña.

VI LA LIBIDO TOMA LA PALABRA

Adolescencia

Ayer, cuando mi calendario adolescente
daba sus aturcidos y vacilantes
primeros pasos,
me hallé, en un recodo del tiempo,
una vecina mía,
con sabor a durazno en las mañanas
y canela en las tardes,
una muchacha con su canasta de redondeces
que, jugando a la muñeca con su libido,
tenía aburridos los pudores
y unos muslos que no podían ocultar su preferencia
por las tibias caricias de la intemperie.

Me habló en un idioma extraño
—el de la excitación, después lo supe—
y advertí que en mi carne
brotaban úlceras de infortunio,
gemidos de incompletud,
tacto que se subía hasta el árida montaña
de su propio alarido.

La fiebre me ganaba las manos
hasta el delirio. Ellas
buscaban satisfacer su sed
en el riachuelo de un muslo
o en la cascada de un cuello,
pero jamás estaban satisfechas
como la pregunta que choca una vez y otra y otra
contra el muro del silencio.

Más tarde di con otra mujer
y una más y otra y otra
que envolvían sus miradas en el papel ternura
de sus párpados.
No me hablaban, como antes,
con las caderas
o el rumor infantil de los pezones,
ni mis manos se citaban con sus piernas

en el escondrijo
de un atrevimiento.

Mujeres

Mujeres hay que pasan por la vida
reorientando a los vientos,
desactivando la erizada iracundia
de las espinas,
protegiendo las sienes
de la rapacidad de la jaqueca,
dedicadas,
pacientes,
a la pizca de sonrisas en los labios,
o hallando el lado amable del desencuentro
de los erizos.

Por eso se les ama.
Por eso, en todos los altares que les improviso,
o en los poemas en que ellas sacan
a pasear su belleza,
les rindo pleitesía.
Por eso, si acoso sus bocas
para hallar en ellas el sabor de antiquísimas manzanas,
o confitura de ángeles,
también lo hago para sorprender
el acto de asomarse a la intemperie
los efluvios o pedazuelos
de su moralidad aturdida.

Cómo no las voy a amar,
si en sus ojos se esconden
—en el mínimo cielo de los párpados—
mariposas nonatas, nidos
de pequeños pegazos
que se hallan a punto de saltar a comer
su pastura de nubes,
espacio donde se lee, entre pestañas,
la púbera cigüeña
de alguna insinuación.

Actitudes

El monógamo es un ente sedentario,
árbol cuyas raíces
–sordas al canto con que las sirenas
celebran el polvo del camino–
masacran huellas y congelan pasos.

Con fobia por la calle,
le horroriza salir a conocer
otros semblantes del oxígeno.
Se siente amenazado por lo ignoto
y su costal de sorpresas,
por el impulso aventurero de hallar de repente,
en linderos imprevistos
o en rincones jadeantes de oscuridad,
el fulgor especial,
deslumbrante,
doloroso,
del "amor de su vida",
interdicto por alguna de las pendejas leyes
que norman la existencia.
Tiene las manos enjauladas.
La fidelidad es su libro de cabecera.
Su ley: que se tapien las puertas,
las ventanas,
los ojos.
Su catecismo: no darle voz al deseo clandestino
que está bajo la ropa,
la piel,
la carne viva.

Por su parte el polígamo
no puede ocultar la nómada inquietud
de sus zapatos –que tan sólo recubren
dos trozos de viento.
Hoy está aquí, bajo el manzano,
seduciendo a los frutas con versículos
tomados de la Biblia,
mañana está en requiebros con la pera
que no sabe cómo esconder sus redondeces
en la rama sin viento.
Ahora merodea un seno joven

que empitona el corpiño hasta hacerle
desgarramiento suave, mas visible,
y hace de la lujuria una palabra en llamas
de todo diccionario,
después halla en un pecho envejecido,
derramado en el cuerpo (como una catarata
de tibieza)
la razón suficiente para hacer
que los ojos, las manos y los pies del deseo
vuelvan a las andadas.

Ni un camino ni el otro me seducen.
Aún me hallo a la espera,
al borde de la muerte,
con un pie en el estribo de la nada,
de que negocien la paz
corazón y cerebro,
que en el primero al fin bullan conceptos,
cálculos,
mendrugos de conciencia,
y en el segundo estén las emociones,
rojamente,
latiendo,
desgranando segundos
como copos de tiempo.

VII LOS COLORES ALADOS

Vivencias de la tinta

En mi *Galería de cuadros inexistentes*
mi pluma hizo la reseña,
la descripción, con pelos, señales
y metáforas,
de pinturas imaginarias,
de lienzos que no existen
pero que
–como jirones de alma
sacados de las entrañas
de los colores– podrían haber existido.
Pinturas que, aunque nunca nacidas,
y por siempre nonatas,
podrían haber sido creadas
si el genio intransferible de los pintores
hubiera puesto manos al delirio.

La prisa de Remedios Varo

*Seguida de su vieja institutriz,
la muchacha lleva en la mano derecha
un gran barco de papel
y en la izquierda un charco que se le va derramando.
Camina casi corriendo,
No vaya a ser que alguien se le adelante
En la creación del mar.*

Punto de vista de Dios de Giorgio de Chirico

*Grandes moles de granito
y construcciones mármol
intercambian frías opiniones
sobre la geometría.
En la calle,
un hombrecillo minúsculo,
insignificante,
desnudo –con su única pertenencia*

(la sombra)
regada por el suelo–,
entreabre los labios.
No se sabe si emite una plegaria
o una blasfemia.

Cultura de los ojos

Amo la pintura y al artista
que sabe capturar en su tela el instante
ubicado exactamente entre la tarde y la noche;
también a aquel
que da lecciones de belleza a los ojos,
cursos intensivos a las pupilas,
y pone el analfabetismo de la ceguera
en las miradas
vulgares, comunes,
de todos los días,
que saltan de los párpados
como monedas falsas.

Elogio a la transparencia

Me entusiasma el retratista
–digamos un Rembrandt–
que realiza el milagro de que la apariencia
no sea el muro infranqueable
que le pone escondrijos a la esencia
–y se pierde en los laberintos
del adentro–
sino una ventana con su virtud de hacer
un afuera a la mano
de los ojos.

El alumbramiento

Me admiran, me sobrecogen
las pinturas al óleo, las acuarelas,
los dibujos al carbón,
la mano como sierva

de la voz de mando del proyecto,
el artista que, sufriendo tempestades en la frente,
blande un pincel en que reverbera
un infinito número de mundos
imaginarios,
y se acerca con delicadeza al lienzo
que empieza ya a sufrir
dolores de parto.

Inventario

Libros, poesía,
afán de conocer,
música,
paisaje,
compartir saberes e ignorancias,
pintura,
mujeres,
no agotan la galería,
el inventario,
el ramillete de amores, amoríos, deseos
que son los argumentos de peso que me sirven
para no asistir a la cita
con la enfermedad terminal
del tiempo encanecido, y con las horas contadas;
al borde del despeñadero;
para no escuchar los cantos de sirena
de los gusanos,
para no hacer el cambio de carne por memoria,
para no darme por derrotado
en lucha a las vencidas
con la nada.

ODIOS
Segundo canto

El odio da sus primeros pasos

¿El aborrecimiento por algo,
digamos el poder,
lo cargan en su código genético
algunos,
y yo entre ellos?

¿Con las miradas parpadeantes de cólera,
el rechinar de dientes masticando su furia
y los puños que gritan hasta desgañitarse,
se arma el rompecabezas del odio
que se presume está prefigurado
en los genes?

¿O se adquiere cuando un caníbal de libertades,
depredador de pronombres,
ejerce su profesión, suelta sus manos,
y crea, rotura, fracciona
este valle de lágrimas?

No lo sé. Pero mi odio inicial fue contra ese mundo,
configurado de golpe por los brochazos de mi mirada,
que me escindió del regazo materno
y su tibia versión del paraíso.

No lo sé. Pero mi segundo odio fue contra la cuna
y su vientre descarnado, anguloso y cuadriforme.

¿Qué diferencia con el seno materno
donde lo circular,
el itinerario habitual de las caricias,
dominaba la forma!

La cuna era un pequeño y apretado recinto
más propio para estudiar geometría
que para contener los precoces esfuerzos del ser
en el largo recorrido a deshacerse.

Por eso muy pronto intuí
que la cuna no era otra cosa,
veladamente, claro, que un ataúd niño,
donde tiene lugar el primer festín de larvas
de la idea de la muerte.

No lo sé. Pero mis primeras pependencias
las tuve con una sonaja
que manipularon mis padres y una turbamulta
de monstruos bonachones

haciendo trizas la pacífica atmósfera que dormitaba
sobre mi cuna.

Cómo me aturdí ese utensilio
–engendro de matraca enloquecida
y veloz colibrí motorizado–
que saltaba, amenazante, sobre mi cabeza
como asteroide en llamas
y me aturdí con su estrepitoso
y estridente gorjeo
de pajarraco obsesivo.
Cómo mancillaba –chivo en cristalería,
baraja de más en el castillo de naipes–
mis sueños infantiles.

Presumo que –al ofrecerle un silabario de música
a mis oídos–
deseaban tenerme contento,
quietecito,
apaciguado
para que no encontrara entre mis manos
la redondez de un puño.

Lista negra

Muchos fueron mis odios.
Entre ellos vienen a mi memoria:
el olor del incienso, la fiesta taurina,
el box, los eructos de los ángeles,
las baladas urbanas
de letra machista, clasemediera
y aguardentosa,
el *saragarcismo* de las familias,
la cebolla, el ajo
y la cursilería,
las aguas negras de la política nacional,
los anuncios en la radio el cine
y la televisión,
la acción empresarial
de dar los vidrios de colores del salario
a cambio del oro de la explotación,
la Academia de la Lengua,
las mafias literarias,

la hipocresía –que sale, con el cínico, del closet–
o el cínico introvertido, agazapado
en su máscara hipócrita,
los déspotas, descomunales o invisibles,
que suben peldaño a peldaño
por su delirio de grandezas
hasta creerse, en la cúspide, las deidades
encargadas de regir los movimientos
de los superlativos en el cosmos.

Edad del crecimiento

Mis odios fueron creciendo,
cumpliendo años,
incumpliendo propósitos,
dejando la adolescencia
en las inmediaciones de la boca
de un amor imposible.
o en la escena espectral de un entusiasmo
muy pronto encanecido.
Ahora mis odios se han multiplicado,
han echado carnes y recogido velas.
Han desbordado los límites de toda presunción.

Pueden ver frente a frente a los titanes.

La corrupción llega al lenguaje

Para arrojar
la granada de mano de un buen verso
(con los ímpetus alados de una mentada de madre)
contra los déspotas, patriarcas del hogar
o cualquier jefecillo burócrata
mareado al subirse al ladrillo de su puesto,
a veces no encontramos mejor nombre para llamarlos
que el de *alimañas*.

Alimañas porque,
antes de vociferar en público,
y oriundos de alguna comarca de la hipocresía,
untan sus labios de miel

–o de crema de cacao, con que tratan de eliminar
las grietas de sus labios y palabras–
para dejar flotando en el ambiente
sus falacias de saliva.

Alimañas porque buscan adueñarse
–ayudadas por un guardarropa de eufemismos
que le tuercen el brazo a los vocablos
para hacerles cambiar de sentido–
desde invisibles minucias invaluables
–pepitas que se acurrucan
en el mundo prodigioso del infinito pequeño–
hasta ese sembradío de palabras mayores
que se extienden en el cosmos.

Alimañas porque dejan salir sus bajos instintos
hasta adquirir la forma acicular que traen consigo
sus dedos y sus actos.

Alimañas

porque cargan a flor de piel un sadismo
que hinca sus raíces en un demonio
adicto del azufre, el genocidio
y el corazón en llamas
y se creen con el derecho
de dar manotazos en el futuro de la especie.

A todos los enemigos del hombre
–terroristas de estado, explotadores,
señores de la guerra, vendepatrias–
les llamamos chacales o buitres.
Pero ¿por qué echar lodo, suciedad,
estiércol anímico, sobre estos animales?

El chacal es un mamífero carroñero,
un hambre itinerante,
que mata o hinca su voracidad
en la carne de la res malherida,
porque en ello le va la existencia,
la salud amenazada por el vientre vacío,
o la muerte carnívora que ronda
cualquier señal de vida.

Víctima de la necesidad, no del sadismo,

de la lucha por sobrevivir, no del poder y el lucro,
el ave de rapiña, parangonada con el hombre,
es un ángel, ángel carnicero, si se quiere,
esperpento santo,
o ángel demoníaco que aletea,
o deja de aletear
al escuchar las voces apremiantes de su instinto,
ángel oloroso a carroña
pero también a incienso.

¿Por qué dar, entonces,
a los trogloditas de la especie,
a los que padecen elefantiasis del yo,
a los que sueñan con ser la peña indestructible
de un mar avasallado,
a los sátrapas que cuelgan de sus mangas
los manotazos de sus órdenes,
a los criminales que corrompen la paz
hasta convertirla en tan sólo una tregua,
y a quienes, venidos al mundo vacías las manos
y ahuecado el corazón,
luchan a dentelladas por ser dueños de todo,
el nombre de gorilas o de perros,
de arañas o de tigres?

Los llamarnos así porque a los animales
—a las pobres criaturas que,
al nacer, sólo obtuvieron
el minúsculo predio del instinto—,
los cortamos a la medida
del caos que se incubaba en nuestro cráneo,
ponemos en ellos, corno en todo,
nuestra demencia extravertida
o la apretada partitura
de nuestro eco.

Les arrojarnos la pudrición
de las pasiones humanas,
les atribuimos tarascadas de más,
les arrojamos basura
que no emana de su interior,
sino que brota de una razón obtusa,
enclenque,

que, con toda su instalación eléctrica fundida,
da de bruces en su propia ceguera;
razón que, ante los intereses que la dominan
a control remoto, doblega la cerviz,
escupe coágulos de lógica
y tose silogismos.

Vientos que azotan la torre de marfil

Acicateado por el odio,
sueño con hacer una poesía política
que poco a poco se vaya enfureciendo
hasta hacerse insolente,
con la iracundia en vez de lengua,
más encabronada que sutil,
más Neruda que mano delicada
que pone sus hai kús en pétalos de rosa.
Una poesía política, dije, una poesía
que se levante en vocales incendiadas
contra el orden existente,
una poesía hecha más que para leerse
en voz baja o en voz alta,
para aullarse,
una poesía que repugnará a los poetas
que viven de comer geranios
esculcarles los bolsillos al pinzón
o que se dedican a seguir las huellas
del unicornio de las ocho treinta.

Repugnará a los críticos que piensan
que el más ridículo de los ademanes
es levantar el puño,
que el más absurdo de los escritos
es narrar cómo el corazón del poeta
tiene en ese puño el micrófono personal
para hacer de su furia, furia al viento,
o aullido de la especie humana,
y que la más patética de las actitudes
es la del rebelde que se da a la búsqueda de los guijarros
que huelen a muerte.

Aunque no pocos críticos,

poetas y lectores se compadezcan de mí,
o se mueran de envidia,
y mi nombre aparezca
más en un listado de terroristas que de poetas,
no puedo morderme la lengua y tragarme la tinta
para ocultar que hay no sé qué vasos comunicantes
entre la llamada poesía pura
(aquella que se canta a sí misma)
y la masturbación.

El esteticismo es una suerte de miopía
preñada de ceguera, que produce
un saqueo de grandes porciones de mundo,
y delirios en la derecha mano.
Quien advierte que el viento
no es sino una carrera de caballos invisibles,
que la flor, al inicio del día,
pone en los pétalos de la metáfora
gotas de rocío,
que los cocodrilos no sólo lloran sino suspiran,
y no sabe de la cabaña pobre,
de los niños crucificados por el hambre,
de los mendigos que,
con el estómago en la mano,
aúllan mendrugos de caridad,
se halla enfermo de esteticismo,
envenenado de hermosura,
víctima de malos vientos
que vienen del parnaso.

Consejos a mi pluma

Para Paloma Saiz

Escúchame: amo aquella poesía
que se escribe en las trincheras,
a la luz de los fogonazos del odio;
aquella que, si primero
nace como el aullar
de lobeznos perdidos en el cosmos,
madura al convertirse en lanzallamas
de fonemas corrosivos;

aquella que, tras de recibir instrucción militar
en la poesía de Pablo de Rokha o de Neruda,
hace que todas sus versos se encuentren
a un veneno tan sólo de tornarse serpientes;
aquella que, al soltar sus alaridos,
su ráfaga de entrañas hacia el cielo,
prescinde de la bisutería
de la rima,
aquella que, de la mano de la pólvora,
tiene como blanco la destrucción,
el estrago fecundo,
el bendito borrón que parirá
con dolor maternal la cuenta nueva,
la luz recién nacida,
la utopía en pañales
donde por fin las ruinas
alcen en hombros, victorioso, al humo.

Pero oye bien lo que digo: temo, repudio,
el "mucho ruido y pocas nueces"
de lo panfletario.
La poesía desfallece en el panfleto
como el oxígeno se asfixia en la caverna,
o la música de la verdad
en la vocal desgañitada.
Amo la poesía de denuncia
–aquella que espera a los trabajadores
a la salida de la fábrica
para intercambiar saludos
y planear cataclismos,
aquella que si sabe cantar, también vomita;
que si se anda en los aires pergeñando geranios,
también tiene gatillos en espera
del atrevimiento; aquella que...
pero, mi pluma, dejas mucho que desear:
vacilas, tropiezas con tus sílabas,
y cuántas veces, ay, tartamudeas.

Dejas mucho que desear y yo querría
que dijeras lo que otras callan,
que fueses veraz, indiscreta,
que te metieras en lo que no te importa,
que supieses murmurar como los ademanes

y gritar como los puños.

Escúchame: no te quiero recibiendo consejos
de los brazos cruzados.
Ni pasiva, pusilánime,
mirando las catástrofes
desde las galerías de tu olimpo
o los binoculares de tu musa.
No te quiero servil,
dándole por su lado a la derecha
que opone al ansia de avanzar
la dureza fanática del yunque,
o que, al son de sus gregorianos
rechinidos de dientes,
busca meterle zancadillas a la historia;
tampoco te deseo aplaudiendo
a la izquierda *moderna*,
(entregada, de tiempo completo, a su miopía)
la izquierda que, peinada
con las comillas de la sospecha,
mastica el bilingüe bocado de saliva
de la demagogia,
o que tiene siempre a mano
la disculpa mendaz, con su perfume
de magnolia podrida,
ocultando sus traiciones
en los pequeños juegos de artificio
que organiza la astucia de la lengua
a flor de labio.

Atiéndeme: te sueño ágil, diestra,
con la sensibilidad a piel de sueño;
y blandiendo un fusil bendecido por el don
de la buena puntería:
que donde pongas el ojo
pongas el epíteto corrosivo,
la denuncia,
el caos como primera piedra del empeño,
el semen de la aurora.

Nuevos consejos a mi pluma

Para Paco Ignacio Taibo II

Te quiero capaz de vislumbrar los pies de barro
del sistema y su compleja arquitectura de mentiras,
de salir a la intemperie, ferocidad al hombro,
a desfacer entuertos y enmendarle la plana a los rosales
que, pobrecitos, no saben redondear
sino solo criaturas monocordes.

Ven acá: te quiero capaz
de hacer que haya gatillos en tus frases,
gatillos que, orientados por la mira
del sapiente coraje,
sorprendan a pupilas y entusiasmen a tímpanos
con la deificación del ruido (en el estruendo)
que extraerá de las ruinas otro mundo
con las manchas de sangre
de lo recién nacido.

Escúchame cabrona: que si hablas de Zapata,
del Che Guevara, de Salvador Allende
o de tantos, tantísimos otros,
que levantaron en armas a sus muinas,
lo sepas hacer con las frases apropiadas,
justas, militantes, que seduzcan la atención
y le pongan hormigas al descuido,
con palabras inventadas desde hace siglos
sólo para cumplir su cometido actual
de develar artilugios
y realizar una histórica masacre
de máscaras, disfraces, fingimientos
con que forma el poder sus escondrijos.

Mi pluma, como dejas mucho que desear,
como eres iletrada, tímida, ingenua,
y bastante torpe para hablar en público;
como tienes, reconócelo,
no sé qué debilidades por la retórica
y crees que la mejor manera de sorprender al público
es lanzar al firmamento los fuegos de artificio
de tropos rutilantes

y subir el volumen de lo pregonado
hasta la grandilocuencia,
te voy a tener que someter
a una fuerte y severa disciplina.

Durante mucho tiempo, pluma,
tú y yo, tomados de la mano,
asistiremos a marchas,
concentraciones y mítines.
Saludarás de corazón a las *adelitas*
y recogerás, para alguno de tus poemas,
las estrellas que arrancan del suelo los machetes.
Yo te conduciré a las concentraciones para que aprendas
a desgañitar la tinta
que cargas en la garganta.
Te llevaré, para que no te enamores,
como Narciso,
de ti misma,
de lo que dices,
de tu lengua formada de gérmenes de palabras,
de tu forma tan personal
de robarle parlamentos al silencio.
Te llevaré, carajo, para que estés en contacto con la gente,
para que sepas del calvario,
el vía crucis,
la crucifixión
de todo humilde miembro
de la especie.

La gula

Ay , amigos, poderosa es la gula de dineros,
utilidades, posesiones,
casas, automóviles, playas
o la lámpara de Aladino
del cheque en blanco.

Quién que es no ha sentido los mordiscos
del dinero carnívoro,
la guerra a muerte,
a holocausto de respiraciones,
a egos encaramados a su propia idolatría,

de la competencia.

Quién que es no ha sido víctima
de las olimpiadas del sudor asalariado
y los maratones de la respiración.
La guerra fría de los capitales,
y el efecto invernadero que, emanando de sus bolsillos,
ha terminado por generar el calentamiento
del planeta.

Se compran y se venden dignidades,
símbolos patrios,
arcos de triunfo,
las mejores mariposas del verano,
capítulos de historia,
puñados de aire,
puentes que amordazan el divisionismo
de los ríos,
celulares que son cañas de pescar
pedazos de universo.
Reliquias de todos los imposibles.
Los primeros vellos del pubis de una prima.
Gomas de mascar que producen
delirios instantáneos, y la incisiva caries
de una culpa.
Se venden y se compran venenos de toda especie
y también la fe de erratas de sus antídotos.
Mesas para tender sobre el cuaderno,
bajo las miradas del lápiz y el borrador,
el afán conspirativo de la poesía.
Se compran y se venden ojos de cerraduras
para que la curiosidad
espíe las intimidades de lo vedado.
O sumas que restan las multiplicaciones divididas.
O la más completa colección de blasfemias
en lo que va de la fe.
Se venden o se compran armas con el fin de armar hasta los dientes
los puntos cardinales y otros pedazos de geografía.

Mis productos –trompetea un comerciante–
alivian, en un abrir y cerrar de ojos,
el dolor que genera el mundo externo.
Los míos –grita el de enfrente–

combaten la impotencia
y su sol de rayos tristes.
Mis juguetes –otro vocifera–
construyen paraísos artificiales en las manos
de quienes sufren mordeduras
de la víbora del tedio o de las musarañas
del sinsentido.

Oferta

Hay partidos políticos en subasta.
Manos que fueron puños
y hoy se venden al mayoreo
o al menudeo.
Hombres que gozan de un puesto en el mercado,
no para poner en venta
ropa,
dulces,
vestidos de novia
o las joyas venidas a pobreza
de la bisutería,
sino a sí mismos,
a sus ojos y su morralla de miradas,
a su sentido de orientación,
a su conocimiento especializado
en la amnesia de los monos
o en la interpretación de los sueños
de la pantera macho.

Pregón

Se vende. Se compra.
Se compran y venden los precarios
jirones de humanidad
que cargan aún algunos individuos
como harapos al viento.
Se venden países.
Se compran conciencias que juraban,
amarradas al mástil de su Dios,
no venderse,
y se ocultan en algún rincón amueblado

por la hipocresía.
Se venden hilachos de banderas
y compases de himnos nacionales.
Se compran islas, islotes, continentes
o la anclada flota naviera
de un archipiélago.
Se importan trozos de mar,
tajadas de atmósfera,
fórmulas para hacer en secreto clonaciones,
y se exportan manos, ojos, pedazos de vidrio,
independencia.
Se importan toneladas de basura,
chatarra a manos llenas
y se exportan graneros de neuronas,
cerebros.

Detrás del que vende
y del que compra,
se encuentran escondidos, pero actuantes,
empuñando el timón,
tocando las fanfarrias de las voces de mando
o pasando sus mandatos bajo cuerda,
los intereses,
el oscuro parnaso de los titiriteros.

Convicción

Puedo asegurarlo:
llegará un día en que los hombres,
al grito de "rompan filas" que sonará en los cinco continentes,
se desharán para siempre de la guerra;
mas esa paz no se obtendrá
blandiendo una bandera blanca,
un harapo de aurora,
entre dos o más oscuridades en pugna.
Ni regalando manojos de palomas
al traficante de armas,
o cantándole canciones de cuna
a la niña de sus ojos.
Ni soltando parvadas de preces
para oradar la cerilla
de la divina sordera.

La manera de conquistarla,
y de poner los cimientos,
las raíces del milagro,
del otro mundo que es posible,
tiene que ver con la toma de conciencia,
la metamorfosis, la inconformidad
de la mano.

La mano puede hallarse ahí, sobre el brazo del sillón,
sin hacer nada, fingiendo inexistencia,
puede tomar un serrucho y practicar con él
las cuatro operaciones aritméticas básicas.

Puede sacarle punta al lápiz
para que de nuevo relampaguee
la poesía.
Puede saltar a la guitarra, como mi hijo Guillermo,
para ir dejando poco a poco en libertad
el concentrado de aves
que encarcelan las cuerdas en su entraña.

Mas para conquistar la paz
es preciso que la mano haga violencia sobre sí misma,
se transmude en piedra,
en mazo,
en granada,
en sorpresa conspirativa,
que crezca no sólo al tamaño de nuestro odio
sino que exceda la fuerza del adversario.

¿Que un poema no es una bazuka?
¿Qué el sudor ennegrecido por la faena
no puede ser comparado,
ni torciéndole el brazos a la metáfora,
con la pólvora?
¿Qué lo ideal no puede nada,
lo que se dice nada,
contra la férrea obcecación
de una fortaleza?
Quién lo duda. No somos tan ingenuos.
Pero hay valentías, maneras de organizarse, cuentas pendientes,
desesperaciones sin marcha atrás, solidaridad de géneros, granitos de arena,
inteligencias lucidísimas que piensan las 24 horas del día

en cómo desencadenar la gran descompostura de lo existente,
hombres y mujeres que están dispuestos a dar todos sus entresijos,
millones de voluntarios dispuestos a pisotear todos y cada uno de los relojes
que marcan el curso del sistema imperante.

Las manos pertenecen a esta estirpe.
Las manos vueltas sobre sí, conscientes,
conformando cerebros con sus puños.
Las que aprietan su autonomía
como don del cielo,
las que se hallan encinta,
las que saben qué quieren y a dónde ir.
Las que se empuñan a sí mismas.
Las que toman la forma de primeras piedras
del nuevo mundo.

Un odio entre otros

Aborrezco lo que,
desde la oscuridad de la causa,
desde el control remoto del demiurgo,
desde el afán posesivo que le da a nuestra psique
la forma de una pantera mano que salta
a paladear lo que hace suyo,
convirtiendo a los humanos en juguete
del egoísmo en llamas.
Odio lo que a los hombres les arranca
la libertad, la razón, la autonomía.
Como cuando se deshojan las alas
de las mariposas
y se les vuelve
insignificantes gusanos que arrastran
sus amnesias de cielo
abriéndose diversos itinerarios
en el lodo.

Otro mundo es posible

El futuro despliega una hoquedad
más negra que la esencia de lo negro
donde una pizca de luz, si es que la hubiere,

sería una errata.

Las cosas, despellejadas de su nombre,
ni siquiera pueden ser divisadas a tientas
por la imaginación.

En ese caos que al parecer
hace cada vez más concesiones al infierno,
el escepticismo se hinca de rodillas
y se da golpes de pecho.

La esperanza sufre un acceso de toses
y de asfixia.

Y es que los humanos no podemos esperar el maná luminoso
que nos caiga de las nubes
para luchar a brazo partido
contra todas las grutas que vomitan su negrura.

No podemos aguardar de Prometeo
que –desde no sé que municipio del allende–
nos regale la primera piedra
del otro mundo que es posible
o que le entregue a nuestra ceguera
la primera antorcha desmelenada,
el manojo de luz con que podamos destruir
la bacanal de penumbras
que nos acecha en el porvenir.

Por fortuna, la oscuridad es tan inflamable
como el papel, la madera o el entusiasmo.
El fuego, y su chisporroteo de nombres,
fronteras y deslindes,
tiene que ser obra del hombre mismo
y nacer de la pequeña usina
de sus manos.
Tiene que.

Dos leños frotados
–para darle el micrófono a una posibilidad–
serán como el par de cuerpos
que buscan la chispa de un orgasmo.
La chispa,
el embrión,
la primera paletada de luz
para romper la noche,

Y OTRAS CONFIDENCIAS
Tercer canto

TRÍPTICO DEL PRINCIPE

Teología

Eres de luz, sombreado de egoísmo,
Señor de la lujuria y la indecencia,
retaste al infinito y tu sentencia
fue caer y caer en el abismo.

Quisiste destruir el mecanismo
del poder celestial y tu impotencia
dejó sólo un puñado de insolencia
flotando ante el alud del atavismo.

Tu orgullo en armas se quedó en deseo,
tu elegancia en las tristes actitudes
que no corrige el grávido aleteo.

Se caen de tus manos, como alhajas,
todas tus cualidades y virtudes.
Y hay que contar el cielo entre tus bajas.

Teología y modernidad

No existe, no, el demonio. No hay un ente
que avance trampas, fije ratoneras
para los pies y trace las ojeras
que subrayan las cuitas de la gente.

Al pecar, esa mancha de la frente
no es ceniza infernal, ni las arteras
promesas de saliva, lisonjeras,
hincan en nuestras vísceras su diente.

A Dios no le conturba dicha ausencia,
nada de Mefistófeles embarga
a la divinidad y su excelencia.

Demiurgo de Luzbel y sus arcanos
de tortura sin fin, el hombre carga
llamaradas de semen en sus manos.

Modernidad

Muere Luzbel y síguelo el infierno
al soplo huracanado de la ciencia.
No deja más que azufre y la insistencia
de la espiral soberbia de su cuerno.

Pero también a Dios llega el invierno,
los años, el final, la inexistencia
y sucumbe por fin a la apetencia
de una nada en consorcio con lo eterno.

Dios y Demonio se hallan, sepultados
en el mismo ataúd, entrelazados
bajo el signo mortal de su miseria.

Si en un juicio final se abriera un día
su féretro común, se advertiría
un más allá enterrado en la materia.

LOS RUMORES DE LA GUADAÑA

I

Tal vez nació conmigo.
O la adquirí muy pronto, tras de ver
un ángel vengador que custodiaba
el vientre de mi madre, espada en ristre.
Después viví el suplicio de la cuna,
ya vientre descarnado,
con manías de péndulo, reloj
en ciernes, barquichuela
mecida en mar pequeño por el aire
manual de mis parientes.
Y ahí, recién nacida,
también hija del parto,
se ocultó en mi interior,
en algún escondrijo de mi cuerpo.

Pequeño, la ignoraba. No entendía
ni el hablar de mis padres
–jerigonza ridícula de ruidos
pueriles, o arrumacos en almíbar–
ni el idioma extranjero
monótono y constante
de los relojes.

Cuando hoy el testamento de mis padres
reviso, soy consciente
de que si está la muerte aquí a mi vera,
entre mis pertenencias, en el lado
oscuro del cerebro,
se explica porque aquéllos,
a la hora de morir, me la heredaron.
Ah mis padres, mis padres.
Me dieron la existencia y me dejaron
la muerte: pequeñita y escondida
en alguna hoquedad de lo invisible.

En derredor de mí,
en los primeros tramos del afuera,
en el aura que pone en torno nuestro
la atmósfera del yo,
no es posible encontrar el menor rastro

de ángeles de la guarda;
sólo existe un espacio polvoriento,
sin vocación custodia,
o un girar sin sentido de moléculas
que no son el pesebre de un milagro.

Pero algo me acompaña
y está cabe mi aliento,
como montando guardia noche y día.
Cuando voy a acostarme, cuando ciego
mi lámpara y permito que la noche
vaya reconquistando territorios,
adviento que la muerte está en mis venas
corriendo como un coágulo.
La siento, aún despierta, conspirando,
consultando clepsidras invisibles,
contando mis latidos uno a uno
y poniendo su cifra en la bitácora
de mi peregrinaje.
También algunas veces me sorprende
dándole, al despertar, los buenos días,
mientras miro en sus ojos altaneros,
prófugo de las sábanas, su insomnio.

II

En mi niñez, un día supe de ella.
Y no sólo en la gruta
sin luces de la psique; también en la corteza
de la arbórea intención de mis neuronas
de alcanzar, de manera simultánea,
trozos de firmamento
y pedazos de tierra,
lo supe, tras la sien, en la parte más clara
de la eminencia gris de mis saberes.

Lo supe cuando un prójimo –un vecino
de mi hogar solariego–
falleció de repente atropellado
por la ferocidad de su destino.

Poco después lo supe por su don
de ubicuidad (su hallarse en todas partes
como, allende el oxígeno, la asfixia),
en los niños, los jóvenes, los viejos
y el listado completo de lo que *es*
en esta galería de lo efímero.

Mas siempre la observaba
segando la existencia,
pisoteando pedazos de futuro,
dejando ya sin voz los parlamentos
de las fosas nasales,
en los otros,
varones y mujeres,
que en naciendo son presas
del tumor invisible de la muerte.
En los otros, no en mí, como si fuera
yo un ser amamantado por la vida
a espaldas del reloj
o fuera de la vista (acurrucado
en algún punto ciego)
de un tiempo distraído
en hacer la puntual descompostura
de todo lo que existe.

III

La ignoraba. Mas ella, como yo,
se dedicó a crecer, a echarse en hombros
una edad tras la otra,
halló, como las células, la tabla
de multiplicar, púsola en sí misma,
y saltó, de su predio en lo invisible,
al hecho contumaz de su presencia
cuando mi voz, mis ojos, mi intelecto
por ella preguntaron.

Muchos nombres tenía.
A veces se llamaba terremoto.
Otras veces incendio, virus, guerra.
Hambre, retén, cansancio, rebelión.
También se le decía Dios, destino,

o frasco de somníferos vacío.

Pero allende los nombres,
del instante preciso en que su furia
descargaba su golpe terminal
para tener después (como una boa)
su sueño de guadaña satisfecha,
o del sitio en que urdía cementerios
inesperados, huérfanos o huérfanas,
yo la reconocía,
sabía que se hallaba
haciendo como siempre de las suyas
de manera insistente, sin reposo,
profesional diríamos.

La muerte estaba ahí, las manos pródigas.
Mas era de los otros, no era mía,
diciéndolo en presente
de propiedad privada.
Era ajena, distante,
colonizando todo lo de afuera,
dedicada a decirle a los castillos,
las casas, las pocilgas y la gente
que eran todos de arena, polvo, viento;
a la fama, orgullosa
de sus complicidades con el mármol,
que al primer ventarrón de desmemoria
no restaría de ella en el espacio
más que un hueco fugaz en el perfecto
tamaño del olvido acomodada.

La muerte me era extraña.
¿Por qué iba yo a morirme si la vida
ocupaba los puestos centrales de mi cuerpo?
¿Si se hallaba en mi frente, mis rodillas,
mis deseos, mis venas, los delirios
del castillo en el aire
que brota de mi cráneo efervescente?
¿Si, como director de orquesta, estaba
rigiendo la armonía, el contrapunto,
la corta melodía del suspiro,
de mis órganos todos?
¿Por qué yo iba a morirme? La pregunta

se convirtió en tema recurrente
como si fuera el báculo perpetuo
que los caminos ponen a mis pies.
Mas comprendí a la larga que la vida
no puede envenenar nunca a la muerte,
nunca le va a la mano a la guadaña,
nunca tiene la fuerza indispensable
para ponerle grillos en las piernas,
para amarrar su lengua a la mordaza
del desdecirse eterno, y arrojar
a su feroz contraria al camposanto.

IV

Y así me hallé después. Lleno de muerte,
viendo en los muros de la patria mía
un desmoronamiento de gusanos.
Puedo localizarla aquí en mi cuello,
mis arterias, el pulso
-que presume de ser el trovador
de la existencia, y no es sino la bomba
de tiempo de la asfixia que me espera—;
puedo hallarla en la mano con que escribo
las siniestras canciones que le salen
al calmársele el ser, a este energúmeno.
Se halla en mi corazón; en las pedradas
que se echan unos a otros
mis órganos internos.

A veces se me pone en el oído
para hacerme el relato minucioso
de una angina de pecho,
la crónica puntual
de un cáncer de familia, hereditario,
que está sólo a la espera
del tronido de dedos de la hora,
de un sida que, si irrumpe dulcemente,
sobre el blando cojín de la lujuria,
termina fatalmente
por incendiar la sangre
y hacer un holocausto de anticuerpos.

No hay un solo pedazo de mi carne,
una sola molécula o un poro
(que encarna un simulacro de vacío),
que escape del poder, la dictadura,
la feroz satrapía
de la dueña de todo lo que existe,
de la parca que danza acompañada
por un dúo de huesos y estertores,
y cuida, con manías de destino,
a lo largo y a lo ancho de mi carne,
de la respiración de las bacterias,
del pulso inmarcesible de los virus,
de todo, en fin, de todo
lo que ocupa un lugar, grande o pequeño,
en el mundo sin fin, mientras la nada
no opine lo contrario.

V

Entonces, a partir de no sé cuándo,
la comencé a temer,
como todos, o casi, los que tienen
un predio corporal
en un fraccionamiento del oxígeno.
La temía a las once de la noche,
a la hora en que el relámpago
cuelga sobre las nubes
su estridencia amarilla,
a la hora de dormir o de bañarme
o de hacer el amor o de encontrarme solo
haciendo un inventario de todos mis fantasmas
u ordenando por orden alfabético
toditas mis blasfemias.

Me angustiaban las toses ensartadas
en el hilo de un hálito que lucha
por la perseverancia.
El dolor de cabeza mañanero,
la gastritis rebelde, los mareos
que gesta sin cesar mi barca en tierra
o la voz alarmante que brotaba a veces del termómetro.

Pero no, que se entienda, porque entonces
sufriera mucho o poco
padeciendo la furia enloquecida
de una joroba de dolor al hombro,
de un cáncer que devasta sus entornos,
o sintiendo molestias no muy graves,
sin la estridencia del sufrir agudo
que llega hasta la cúspide del grito,
sin la exageración que en ocasiones
me lleva a maldecir
mi acta de nacimiento
o los juegos eróticos que un día
sostuvieron mis padres ;
no, lo digo otra vez, porque sufriese,
sino porque me daba la impresión
de que estos males eran
sólo andenes, preámbulos o trámites
donde voy a sentir el cambio abrupto
del suelo en que mis pies se hallan encima
de su seguridad, por un abismo
que se abre bajo de ellos
cuyo fondo, si existe, se me aleja
y me temo que acabe transmudándose
del estado de sólido al gaseoso.

VI

Ya no pude vivir sin el temor
cotidiano a la muerte.
Me la podía hallar entre las ocho
y las ocho cuarenta de cualquiera
de los días que corren.
Podría dar con ella al encontrarme
pensando, divagando o escribiendo
sobre sus intenciones.
Me la podría hallar
en el beso en su punto que me debe
la chiquilla del diez,
en la función de teatro
o en la marcha citada
para que, voz en puño, protestemos
contra alguna injusticia de las muchas
que por la impunidad ya consabida

estén amamantadas.
La temía.
Le daba carta abierta en mis insomnios.

Frío y escalofrío
no siempre se originan en la baja
temperatura.
No siempre son coetáneos del granizo,
ni víctimas de un sol venido a menos
con sus rayos diezmados por los témpanos
de negrura que irrumpen en la noche;
más bien tienen su fuente en el temor
no sólo de dejar de ser un día,
sino dejar de serlo en el relámpago
sin luz del de repente,
en el día y lugar menos pensado
como si en el gran baile de la vida
lo fortuito invitara
a danzar a una embolia,
a una tisis, a un asma o a cualquiera
de las enfermedades existentes.

Este mundo, que tiene en su interior
agazapado el cambio,
no ofrece nada inmóvil,
ni una minucia atemporal perdida
en el vientre del cosmos,
ni un ingenuo epitafio que presuma,
en su supervivencia, de no ser
del gusto corrosivo de las larvas,
ni una piedra, una sola,
donde una sien pudiera reposar.
Salvo las abstracciones, que no tienen
los pies hechos de barro
y van y vienen en su propio cielo
sin consultar relojes, deshojar calendarios,
o temer el piquete venenoso
de la primera arruga,
salvo las abstracciones, digo, todo
se halla cambiando, todo
va dejando la piel de su pretérito
tras de sí, como parte
—amamantada siempre por su todo—

del negro latifundio de la muerte.

VII

Un día, tras de tanto
temor, amanecí
con una extraña idea que me arroja
al deambular sin brújula
de la perplejidad,
a llevar en la punta de mi lengua
pedazos de palabras o en mi cuello
la campana en redoble de preguntas.
El temor a la muerte ¿no es acaso
la custodia constante de la vida?
¿El ángel de la guarda
de mi respiración?
¿El perro que protege, con su tapia
de gruñidos, el pulso y su pequeño
timbal emborrachado de existencia?
¿El cuidado intensivo del deseo
de que mi pie no deje de ser nunca
el punto, el manantial, de donde nace
la íntegra red de los caminos míos?

Y así me encuentro ahora:
la muerte y el temor que ella despierta
¿son una bendición o su contrario?
¿El temor a la muerte es un seguro
de vida? ¿La perfecta vigilancia
de la tierra que el riesgo está pisando?
¿El cuidarse del tren enloquecido
que, sediento de sangre,
pasa frente a nosotros el espejo
de una de las posibles
maneras de morir? ¿La prevención
del sin fin de amenazas que querrían
penetrar en mi pecho a prepararle
su final zancadilla al corazón?
¿Un evitar, con la cautela pronta
del giro de los pies,
el puñal en la espalda?
¿Un huir de los climas extremosos
para hallar en el tibio justo medio
las cáscaras de atmósfera que exige

la piel para seguir en el camino?
¿O es a pesar de todo la fatal
anulación del mundo al anularse
la parte espectadora o la atalaya
corporal que nos hace ser vigías
–centinelas de todo lo que pasa
por algún meridiano de los ojos–
del pavoroso y atrayente afuera
donde está lo infinito discurriendo
el canto de un contar que es incontable?

VIII

El temor al deceso es nuestro aliado;
también nuestro enemigo:
tiene manos de madre protectora,
de manos que, empapadas de ternura,
se van despellejando de caricias.
Mas a veces no puede el corazón,
si lo golpea un soplo de aire frío,
vislumbrar un remanso en la zozobra
o encontrar en las lágrimas el agua
que combata al incendio.

¿Que eso es contradictorio? No lo niego.
Nada escapa a la lucha de contrarios:
Caín y Abel no son sino la regla
que devora sin fin las excepciones.

Muchos dicen ¿por qué este griterío
de la tinta? ¿Por qué tanta maraña
de vocablos cobardes
frente a algo natural, tan natural
como la sed y el hambre, o la pasión
de las sienas, al advenir la noche,
por la amorosa esquina de la almohada?

No podemos aquí –cuando la tinta
nos habla de las formas en que puede
irrumper lo posible–
olvidar al que gusta
de arriesgar su existencia,

ponerla en el cadalso del peligro,
o en el desfiladero de los pasos en falso,
porque acuña en sus sienes la igualdad
de peligro y orgasmo...

Ni es posible olvidar a quienes viven
sin temer la visión indescriptible
–el futuro en la frente–
de la pálida anciana en pie de guerra
que ignora la bondad de la excepción
cuando ejerce su ley inexorable.
¡Cuántos hay que se esfuerzan,
con la meditación –que los enclaustra
en la dura mazmorra del sí mismos–
en olvidar la vida y sus placeres
para olvidar la muerte!

Mas digan lo que digan,
no logran disipar
este miedo a no ser que, de pequeño
que era, pronto, creciendo, echando carnes,
nos llena plenamente
como una oscura inundación de lodo
en que se mezclan gritos, estertores,
la horca de la asfixia,
el silencio, cadáver de la lengua,
y los ojos cerrados a tal punto
que anulan juntamente
la ceguera y el ciego.

IX

Yo no puedo tener, como mi abuelo,
brújula de dolor para buscar
al hijo que se ha ido, porque sé
–guiado por el *ni modo* que le sirve
de faro a mis preguntas–
que irse no es trasladarse
de un territorio al otro
(como toda odisea entre dos puntos),
ni del mundo al trasmundo espiritual
que prohíbe la entrada

al más pequeño indicio
de materia. La ausencia no es tampoco
ir de un modo de ser a uno distinto
o viajar por cerebro
de una vivencia a la otra. No. Partir
es dejar a la espalda lo que fuimos
y es salir asimismo de nosotros
para colmar el hueco
de nuestra propia ausencia exactamente.

Abuelo, yo no puedo, como tú
hincarme de rodillas
a los pies del Enigma
—que habla con acertijos de silencio—
y gritar ante el cuerpo devastado
de mi hijo en su ataúd:
"¡Oh, qué callar profundo!...
¿Contra quién me rebelo... o a quién pido?..."
Abuelo, yo no puedo, yo no puedo,
porque estoy convencido
de que ni las blasfemias ni los ruegos
—dos aullidos distintos de la misma orfandad—
serán localizados y atendidos
por el perfecto oído o el radar sacrosanto
de un supuesto Hacedor del universo.
No puedo hacerme trampas, abuelo, cuando miro
que el minúsculo templo de la fe,
sin nada en sus entrañas,
es quien otorga el nombre
de Dios al gran vacío.

X

Casa adentro, reviso mis amores,
mis odios, también las confianzas
sobre la muerte. Puedo confesarlo:
de común aborrezco
la idea de un reloj terco, que nunca
da su brazo a torcer,
que tiene una guadaña pequeñísima
en su interior mecánico,
ya que así las palabras, los poemas,
el afán de saber y de enseñar,

el amor por la música,
los besos clandestinos,
la pizca de placeres
a mitad de la cama,
la lucha imperturbable,
a todo puño,
contra los poderosos del cielo y de la tierra,
se caerán de las manos que se caen,
de los ojos que dejan de ser ojos,
parpadeando gusanos,
de un cuerpo que al morir es sólo el cuerpo
de un pretérito en ruinas.
Mas también, lo confieso,
amo esta protección de la existencia
que el amor a la muerte nos regala
en todos los cumpleaños,
o al celebrar los meses, días, horas
o instantes en que somos o en que estamos
luchando sin cuartel contra lo efímero.

Amo y odio a la muerte al mismo tiempo.
La execro por su don de ubicuidad
y su intrusa manera de ponerse
en redor de nosotros
como ángel o demonio de la guarda.
Mas quiero que, al final, cuando mi tiempo
se atropelle a sí mismo,
cuando me encuentre a punto
de no tener siquiera ni un pedazo
de edad en que vivir,
cuando el cansancio, en propulsión de sangre,
me invada el cuerpo todo,
de sus pies a su orgía de neuronas,
cuando la nada entone su canto de sirena,
se encuentre aquí a mi lado,
custodiando mis odios, mis pasiones,
mis otras confidencias,
y que decida dar de pronto el paso
hacia mi cuerpo y pueda amalgamarse
finalmente conmigo.